



Alfonso Diez García  
Cronista de Tlapacoyan  
alfonso@codigodiez.mx

# Tlapacoyan, en 1870

» TENÍA ENTONCES 1,238 HABITANTES  
» LOS LIBROS QUE HAN DESAPARECIDO

No son muchos los libros que hablan acerca de la historia de Tlapacoyan y desafortunadamente los que se han publicado no podrían servir como libros de texto, aunque sí de consulta para nuestras escuelas, porque o son muy extensos para el efecto, o muy antiguos, o tocan temas específicos, pero no fueron elaborados con el fin de servir para el objetivo señalado. Este cronista tiene listos dos libros para publicarse. Uno de ellos fue elaborado específicamente para que nuestros estudiantes conozcan la historia de Tlapacoyan y el segundo es una segunda edición de "La vida secreta de Guadalupe Victoria", corregida y aumentada con nuevos capítulos, derivados de los resultados de nuevas investigaciones; además de más fotos, más páginas y mayor tamaño. Este último será editado por el Congreso de la Unión y por el Conaculta en conjunto, en los próximos días.

La biblioteca ubicada en el palacio municipal de Tlapacoyan cuenta con un pequeño acervo que se ha visto mermado debido a la sustracción de ejemplares, que se podrá evitar cuando se profesionalice la consulta de los mismos con el sistema más adelantado.

Nos informaron apenas de la desaparición de ejemplares como "Tlapacoyan", de David Ramírez Lavoignet; y "La vida secreta de Guadalupe Victoria", de Alfonso Diez García. Es necesario también que nuestra biblioteca cuente con obras como "El libro de mis recuerdos", de Antonio García Cubas; y "Tlapacoyan. Historia de sus días", de Alba Marín. El primer paso de este cronista será, desde luego, proporcionar otro original, en el caso del segundo mencionado, y una copia, en el de los otros, así como ejemplares de la reciente recopilación de estas crónicas, que ya alcanzan, con esta, 75 ediciones, aunque los temas que han tocado son cerca de 120, debido a que algunas de éstas constan de dos o más.

En algunas, se han reproducido ciertos pasajes de estos libros, porque así lo requería la crónica respectiva. Más adelante habremos de incorporar al citado acervo originales o copias de otros libros como la colección de "Cien viajeros en Veracruz", integrada por textos de diversos autores; los "Apuntes históricos..." de Humberto Peredo Borboa; la "Biografía de los gobernadores del estado de Veracruz-Llave", de Ramírez Lavoignet; "Historia de Teziutlán", de Manuel Rodríguez Lapuente; y "El libro de mis recuerdos", de Antonio García Cubas.

A propósito de éste último, una recopilación de sus textos titulada "Escritos diversos de 1870 a 1874", contiene, lo mismo que el "Libro de mis recuerdos", algunos capítulos dedicados a Teziutlán, Tlapacoyan, Martínez de la Torre, San Rafael y Nautla. La intención de este cronista era publicar solamente un resumen pequeño de los mismos en estas páginas, pero es tal la riqueza de datos que contiene la obra que era de mayor provecho para los lectores, en vista de que ya no se consigue el original correspondiente, una publicación más amplia y descriptiva, que es la que veremos a continuación. Cuáles eran las costumbres, cuánto costaban frutas y verduras, cuál era la panorámica, temperaturas, vestimentas y población son sólo algunos de los temas que el autor describió en este libro publicado por primera vez en 1874, hace, por lo tanto, 140 años; aunque el historiador basó su relato en el recorrido que realizó varios años antes.

El capítulo denominado "Una excursión a la tierra caliente. De Teziutlán a Nautla", dedicado "Al señor licenciado don Rafael Martínez de la Torre", contiene otros subcapítulos, como: Teziutlán, Tlapacoyan, Hacienda del Jobo, Congregaciones del Jobo, Colonia de Jicaltepec, Algo sobre costumbres, Un baile de tarima, Puerto de San Rafael, Puerto y barra de Nautla. Tomaremos, por ahora, debido al espacio disponible, los que se refieren a Tlapacoyan y a El Jobo. El lenguaje es arcaico y abusa de los gerundios pero, se respeta, desde luego, la redacción original de García Cubas:

**Tlapacoyan (Tal como la vio Antonio García Cubas alrededor de 1870)**

La villa de Tlapacoyan (lavadero) es cabecera de la municipalidad de su nombre, del cantón de Jalacingo (Xalatzinco, arroyito de arena), y se halla situada al pie de la cuesta de Teziutlán a los 19° 58' 14" 44 latitud Norte, y 1° 64' 47" 6 de longitud Este de México.

Poco poblada y con unas cuantas casucas presentábase no ha mucho tiempo Tlapacoyan, cuyo porvenir se hallaba cifrado en sus ricos elementos agrícolas. Desarrollados éstos, particularmente por las plantaciones de café y de tabaco, adquiere cada día mayor importancia. Las grandes y hermosas hojas de la nicotiana coronan las campañas de un verde intenso, en tanto que el verdinegro café marca las simétricas líneas de su plantación en los planos inclinados de las colinas. Las galeras en que se secan las hojas del tabaco, despidiendo éstas su fuerte aroma, se ven diseminadas en los

campos, alternando con los rústicos talleres donde se beneficia y elabora la misma planta.

Tan rica es Tlapacoyan en el reino vegetal como en el animal. En sus montes crece la higuera gigantesca (ficu), la ceiba, cedro (cedrela), la caoba (sivictenia), el encino roble y encinos de todas clases, así como los naranjos, limos, limón real y limoneros. Sus huertos producen zapotes blancos, prietos, chicos, mameyes, cabellos y de otras clases; entre las anonáceas, la chirimoya y la anona amarilla; jinicuiles, grande y chico; plátanos, macho blanco, blanco hembra de dos clases, guineo grande y dominico, morado, amarillo de Costa Rica, manzano, enano, corpulento y chino.

De Tlapacoyan en adelante se encuentran jabalíes de tres clases: el cambamba prieto y grande, de quijada blanca; el común rosillo, y el tamborcillo, que es el más chico y el más bravo, aunque fácilmente se domestica. Los tres sirven de alimento. El tigre de manchas negras y amarillas, llamado el grande o tigre real: es bravo y carnicero, habita la sierra y los bosques espesos. El tigrillo, de manchas negras, existe en los mismos lugares y se alimenta de gallinas, pavos y tórtolas. Encuéntrense igualmente leopardos, la onza o gato montés, ardillas, tlacoachis, armadillos, mapaches, especie de perros que comen peces y aves, perros de agua, la zonista, especie de tejón y cazadora en el monte como las demás fieras; el tejón y la marta; los venados son de dos clases, el grande pardo, y el temazate alazán; la cuautza o tuzá real, que llama la atención por su pintada piel, de circulitos blancos en líneas paralelas a lo largo de su piel; y por último, no escasean las comadrejas, conejos, monos, etc.

Cuéntanse entre las aves, el papan común, papan real (ostinops Moctezuma), pico de canoa, pito real, urracas, tordos, faisanes, penélope, entre las que se cuentan el cojolite, chachalacas, perdices, clarines, tzentzontles, primaveras, especie de tórtolas cantoras, palomas, gallinas moctezumas, auras, zopilotes, patos, quebrantahuesos, gavilanes, aguilucho, lechuzas, tecolotes, garzas, cocos blancos y rosados, pájaros verdes y otros muchos.

Reptiles.- La más venenosa de las culebras, llamada Nauyatl, viboras de cascabel, boa voladora, llamada así por su costumbre de andar por las ramas de los árboles, confundiendo muchas veces con los bejucos, es pinta de negro y amarillo, y llega a crecer cuatro varas; la macazuatl, más gruesa que las anteriores, coralillo, bejuquillo, que es sumamente delgada y larga, culebra prieta y culebra de agua; escorpiones, iguanas, etc.

\*\*\*

Vista la población de Tlapacoyan desde alguna colina, ofrece el más delicioso aspecto. Sumergidas sus casas ente el follaje de los árboles, apenas se descubren los techos de algunas y sus calles cercadas por la muy original planta llamada pochiche y por los floridos árboles de Piocha. El pochiche es un árbol sin follaje durante la eflorescencia. En cada extremidad de sus ramas brota una flor amarilla, de la forma y tamaño de la dahalia, y cuando acaban las flores, el árbol se cubre enteramente de follaje. La sierra de Teziutlán, con sus avanzados centinelas, los dos cedros, se levanta imponente al ocaso de Tlapacoyan, mientras que por el Norte y Sur limitan el valle las eminencias cuyos pies bañan los ríos María de la Torre y Bobos. Por el Noreste se dilatan sus horizontes hasta el mar, extendiéndose sus ricas vegas, y distinguiéndose en elevada posición la hacienda del Jobo.

Si ante la vista de tan bello panorama se siente embriagada el alma, mayores encantos y sorpresas preparan al ávido viajero los alrededores de Tlapacoyan. A cuatro kilómetros Sur de esta población se encuentra el pintoresco pueblo de Tomata, con su rústica capilla, a la cual sirve de campanario una pequeña torre improvisada, con troncos de árbol. Desde Tlapacoyan al pueblo se camina por un sendero cercado por árboles de piocha que, cargados de flores, embalsaman el ambiente, dejándose ver por el lado opuesto a la florida cerca, la pintoresca, profunda y frondosa cañada que forma el lecho del río de Bobos. Dos lugares, por la suma belleza de su paisaje, obligan al caminante a detener su marcha: la cañada del Salto de Tomata y el plan de Totoapa. Para poder admirar en toda su grandeza la caída del agua, preciso es descender de la montaña al plano superior del río de Bobos. El agua pierde su nivel a veinte varas de altura, y se precipita en una cuenca. Elevadas rocas basálticas,

acantiladas y desnudas, se extienden en círculo a uno y otro lado del Salto, formando en el extremo opuesto una abertura natural, y ofreciendo notable contraste, por su oscuro color, con el fresco manto de verdura que reviste la parte superior de las eminencias. Un abundante y ancho torrente cae con rapidez y agitado como un raudal de plata fundida, que hace elevar el agua después de su caída, en menudas partículas, formando una niebla que en parte oscurece aquella cuenca.

Encerrada el agua en el fondo de ese vaso cilíndrico natural, forma un lago que participa del agitado movimiento del torrente, formando pequeños oleajes que se estrellan contra los rompientes de los basaltos, y luego se desliza tranquilamente por la abertura natural ya mencionada.

El plan de Totoapa (pájaro del agua), a poca distancia del Salto, es un bellísimo valle al que afluyen hermosas y pintorescas cañadas. Las montañas que lo forman, de figuras caprichosas, se suceden escalonándose, presentando en su conjunto una deliciosa perspectiva. Un plan con abundante y esmaltado pasto; huertos de café que rodean una que otra granja; ganados que se ven pacer en la campiña; un río cristalino que serpea al pie de las montañas; eminencias cubiertas de árboles, plantas y flores, que se retiran gradualmente ofreciendo distintos términos de perspectiva y colorido, y un purísimo cielo, son los elementos de que allí puede disponer un hábil paisajista.

Si de las bellezas de la naturaleza pasamos a los usos y costumbres de los habitantes de Tlapacoyan, mucho hay digno de relatar. Ocúpase una gran parte de aquéllos en el cultivo del tabaco y del café y en la elaboración de puros, y los otros se emplean en el comercio; mas lo que verdaderamente llama allí la atención es la raza indígena, así por sus costumbres como por sus trajes.

Los hombres, menos activos e industriosos que las mujeres, se dedican a las labores del campo y visten sencillamente calzón blanco de manta y algodón de lana, negro o café. Las mujeres, mucho más aseadas que los hombres, usan enaguas y quichquemel de lienzo blanco; traje sencillo que convierten en elegante vestido los domingos y días de celebración de sus fiestas. Atraen verdaderamente la atención en tales días, viéndose errantes por la población, casi siempre acompañadas de dos en dos y yendo y viniendo a la iglesia y a las tiendas, haciendo ostentación de sus primorosos trajes. Compónense éstos de la enagua blanca terminada en una faja de cuadros azules o rojos y de un elegante güipil que descende en arosos pliegues hasta la rodilla, y el cual se ve curiosamente adornado con tejidos de cordones y cintas de diverso color, que forman las más vistosas labores. Hilos de rosarios rodean sus cuellos, no siendo aquéllos otra cosa que unos collares de coral, de cuentas, de chaquira, y de pequeñas monedas de plata, en tanto que adornan sus orejas largos pendientes de metal sobredorado, y por último, el mastahual, redecilla de cintas, recoge las bien tejidas trenzas de su luciente y negro cabello que tan bien cuadra a la limpia y morena tez de su rostro.

Cuando eran permitidas las demostraciones externas religiosas, esmerábanse los hombres, para la festividad del Corpus, en el adorno de los palos de tarro (bambú gigantesco), empuñándose cada cual en superar a los otros en las dimensiones del bambú y en el gusto de los adornos.

Los novios colocaban en la extremidad del tarro una muñeca, en representación de su prometida, haciendo por ese medio, gala de su conquista y público su regocijo.

Consérvase entre estos indios una costumbre esencialmente oriental. Acatan y respetan los deberes naturales de la mujer, tanto que en sus casamientos descubren si ésta ha sabido o no guardar la pureza de sus costumbres, lo cual influye de una manera decisiva en el aprecio o desprecio de su persona.

En el primer caso, se procede en la tornaboda a la gran fiesta y baile del tehuacanzi, en el cual tiene una parte muy importante el ramillete del zempaltxcobitl. En el transcurso de la fiesta, báilanse, enfrente uno de otro, el ramo y el coconete, que es un muñeco de cera que allí se introduce con el intencional objeto de indicar a la mujer la ley de su destino. Distribúyese el axole, que es un atole de maíz y de cacao, de que todos gustan, y después de las mayores demostraciones de regocijo, concluye la fiesta retirándose los consortes; ella honrada y querida, y él contento y satisfecho.

En el segundo caso se suspende el baile del coconete, y al distribuirse el axole, ofréceseles a la novia y al padre de ésta en una jicara perforada en el fondo, de tal suerte que al tomarla aquellos en sus manos, el líquido se escurre. El padre y la hija saben lo que esto significa, y ambos se retiran, bajo la impresión más desagradable, a ocultar su afrenta en su humilde hogar.

El clima de Tlapacoyan es cálido, marcando el termómetro a las dos de la tarde y a la sombra 28° C. Su altura sobre el mar es de 472 metros. Población 1238 habitantes.

## Hacienda del Jobo

Comienzan los linderos de la Hacienda del Jobo a un kilómetro de la hacienda de Tlapacoyan. Hállase situada la capilla y casas de la hacienda sobre una loma a 6 kilómetros de Tlapacoyan y a los 20° 00' 48" 99 de latitud Norte y 1° 58' 18" 3 longitud Este de México.

La capilla es de muy buena construcción, la cual, vista desde lejos, ofrece un aspecto agradable por las dos torres que la coronan.

La casa, cómoda e igualmente bien construida, tiene un precioso jardín engalanado con las más preciosas flores, tulipanes dobles, rojos y amarillos, el aromático nardo, la preciosa ninfa que dura todo el año, el encendido clavel, la fragante rosa de Bengala, el morado y gracioso zapatillo de la reina, la elegante acacia, y en fin, otras muchas plantas y enredaderas cercadas por piñales y esbeltos bananos, por el zacate de la playa y el frondoso árbol del mango, recrean la vista con sus vivísimos colores y embalsaman el aire con sus gratisimos perfumes.

Desde el extenso mirador que va al Oeste, se goza de la agradable perspectiva de las costas, cuyos horizontes se dilatan en la inmensa superficie del océano. Si a esto se agrega, las maneras afables y corteses del administrador de la hacienda, don Roque Salazar y de su digna familia; las atenciones y cuidados que al caminante prodiga ese inteligente cuanto modesto agricultor, considerado en la comarca como el patriarca del Jobo, la permanencia en la hacienda no puede menos que hacer pasar las horas de la vida, bellas y en extremo agradables.

\*\*\*

La hacienda del Jobo cuenta con 286 habitantes. Los alrededores del Jobo ofrecen por todas partes lugares amenos que verdaderamente emblesan.

El Salón del Encanto, majestuosa obra de la naturaleza, se encuentra a tres kilómetros Sur de la casa de la hacienda. Para admirar en toda su grandeza aquella maravilla, preciso es fijar la atención, primero, en los bosquecillos de naranjos, limos, sangre de drago y de otras plantas; bosquecillos por donde atraviesa el sendero que conduce al Encanto. Los árboles sangre de drago extienden su follaje en secciones horizontales como los cedros del Líbano, y cubren la vía en muchos puntos, haciendo sombra al viajero, quien, unas veces admira el agrupamiento de plantas, árboles y bejuco que interceptan el bosque, y otras, las verdes plantaciones del tabaco en las pequeñas praderas. Interrúmpese la senda por la fuerte y súbita depresión del terreno, descubriéndose en bellísimo panorama la dehesa de Alseseca, circundada de montes con sus bellas campiñas en que pacen los ganados, y un río de agua cristalina que la riega. Allí la hermosa planta gramínea del tarro, que tiene todos los caracteres del bambú, se alza erguida a más de veinte varas de altura.

Esos otates gigantescos se agrupan en círculo, arqueando gallardamente sus copas de finísimo y picado follaje, de la misma manera que se observa en un haz vertical de hermosas plumas de pavo real.

Descendiendo al plan por una rapidísima pendiente, y siguiendo en el llano de Alseseca la margen izquierda del río en sentido inverso de su corriente, se llega a una ancha y profunda cañada de paredes verticales que forman el Salón del Encanto, nombre que tan bien cuadra a la grandeza del lugar. Dos altas eminencias se extienden en anfiteatro, la oriental con sus enormes cantiles completamente revestidos de verde follaje, y la opuesta que se dirige de Este a Oeste y luego tuerce al Norte, presentando inversas sus pendientes, de suerte, que los grupos de sus elevadas rocas, avanzan hacia el espacio formando el arranque de una bóveda natural, y bajo la cual corre un arroyo cristalino. Alternando con las desnudas rocas de esa inversa pendiente, se ven las

orquídeas y hermosas enredaderas, soltando al aire sus flotantes festones de flores y follaje. Otras plantas trepadoras, por sus tupidas enramadas, forman un verde y cerrado cortinaje que tapiza a grandes tramos las ennegrecidas y rocallosas paredes. La vista apenas alcanza a distinguir los árboles y plantas que coronan las alturas, en tanto que de la verde pradera circundada por aquellas eminencias, se alza a gran altura corpulentas y frondosas hayas. Hacia el fondo del Salón, las montañas se separan y forman una estrecha y profunda cañada que con extraordinario impetu recorre el río de Bobos.

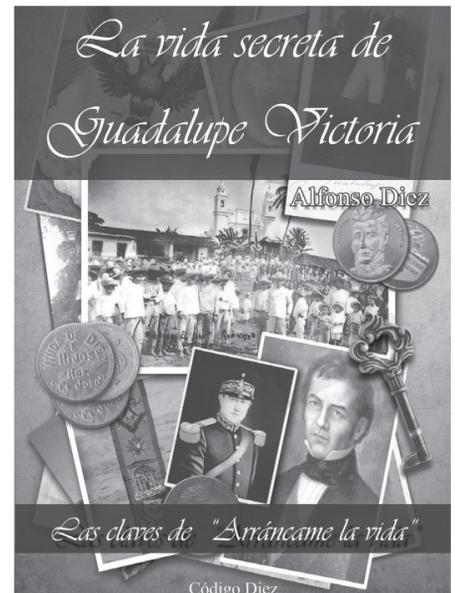
Por la disposición de las montañas, el curso de éste no se percibe sino hasta el momento en que sus aguas blancas y espumosas brotan por aquella estrecha abertura y se derraman en su ancho cauce al pie de la montaña oriental. Acercándose, cuanto es posible, por la orilla del río, a la hendidura profunda, se presume, por el estruendo interior del torrente y por las menudas partículas que con fuerza hieren el rostro, que el agua salta en cascada o se desliza con rapidez por una fuerte pendiente; lo único que se advierte, algo internado en la cavidad, es un monolito al parecer de caliza, que representa un blanco corcel naciendo de las espumas del agua. El arroyo antes indicado, une sus aguas al de Bobos en el lugar que éste establece su curso en el Salón del Encanto. Multitud de plantas inclinándose hacia el río, empapan en las cristalinas aguas sus ramas y sus follajes, dominando entre todas por sus grandes, lustrosas y acorazonadas hojas, la mafafa (arum sculentum?), las cuales, por sus dimensiones, sirven muchas veces a los indígenas de paraguas.

## Congregaciones del Jobo

Si de la hacienda del Jobo se prosigue la excursión por el camino de Nautla, nuevos y variados objetos distraen con sus galas y primores, la atención del viajero.

Del Jobo a la congregación de Palmillas, se recorre un trayecto de 4 kilómetros, y durante él se admiran los bosques de altas y corpulentas higuieras, entre las cuales se encuentra la higuera de raíces aéreas, o sea ficus religiosa; sangre de drago (euforbeacea), naranjos, encinos, cedros, limos, escino, magnolia grandiflora, bellisimos grupos de tarro, y floridas enredaderas, que muchas veces suben a las copas más altas de los arboles, cubriéndolas por completo con sus violados festones. Como a la mitad del camino, brota de entre las floridas matas una fuente de agua de lechoso color como el del ópalo, y en ella el caminante encuentra un agradable refrigerio. Llámase esta fuente Agua del Obispo.

La congregación de Palmillas cuenta hoy con 362 habitantes, y se halla situada a la margen izquierda del río de Bobos.



PORTADA DEL LIBRO LA VIDA SECRETA DE Guadalupe Victoria, edición de la que quedan pocos ejemplares.



ANTONIO GARCÍA CUBAS NACIÓ EN LA Ciudad de México el 24 de julio de 1832. Tenía 38 años de edad cuando visitó Tlapacoyan. Murió el 9 de febrero de 1912. La foto es de 1886.



DAVID RAMÍREZ LAVOIGNET EN 1965, cuando estuvo en Tlapacoyan en ocasión de celebrarse el primer centenario de la Batalla de Tlapacoyan.